

Salvatore A. PANIMOLLE, *L'evangelista Giovanni. Pensiero e opera letteraria del quarto vangelo*, Ed. Borla, Roma 1985, 673 pp., 12,5 x 19,5.

La primera parte (pp. 13-411) del libro ocupa casi dos tercios de su contenido. Esta dedicada a la teología joannea. En primer lugar (c. 1) habla de los tres filones que, según el a., la constituyen: la revelación divina, la respuesta del hombre y la salvación para quienes aceptan dicha revelación. A continuación (c. 2) estudia la Cristología del IV Evangelio, presentando la figura de Jesucristo desde diferentes perspectivas: humanidad del Señor, su mesianismo, su divinidad, su condición de Revelador, de Salvador y de Mediador. El c. 3 está dedicado a la Eclesiología: formación de una comunidad, los símbolos eclesiológicos, la virtud característica de la Iglesia, sus pastores, la relación con Dios, con el Verbo encarnado y con el Espíritu Santo, la Iglesia y el mundo. Otros temas teológicos como la doctrina trinitaria, los Sacramentos y el culto, antropología y cosmología, el Antiguo Testamento, y la escatología son estudiados en el c. 4.

La segunda parte (pp. 413-456) trata del influjo del IV Evangelio en la vida de la Iglesia, desde los comienzos hasta el s. XX, sobre todo en el campo de la cristología y de la teología trinitaria. El problema joanneo, tanto desde el punto de vista literario como histórico, se estudia en la tercera parte (pp. 457-522). La última parte (pp. 523-633), bajo el título «Lo stato del quarto vangelo», desarrolla diversas cuestiones relativas al texto: su transmisión, su lengua y estilo, su composición literaria, su génesis, su ambiente primigenio, su historicidad y su datación. Al final aporta una bibliografía seleccionada en diferentes apartados, correspondientes a los temas que se han desarrollado.

Sienta la premisa de que su estudio se basa en el texto tal como está actualmente, pues considera que las diversas reconstrucciones que se han intentado, tienen siempre un valor muy relativo y son con frecuencia hipotéticas y gratuitas. El texto que poseemos está testimoniado por antiguos y autorizados códices y, por tanto, se puede sostener su valor como «elemento científico sólido e incontrovertible» (p. 9). Lo cual no supone el rechazo de las posibles etapas redaccionales por las que ha podido pasar nuestro evangelio (cfr. p. 474). Reconoce, no obstante, lo fascinante de algunas teorías acerca de los posibles pasos de la redacción, entre las que señala las de Culpepper, Bosimard-Lamouille y Brown. Sin embargo, considera que chocan contra la unidad del estilo y de léxico que tenemos en el IV Evangelio (cfr. p. 585). Con respecto a la fecha de composición, aduce las teorías de Cribbs, Goodenough y de Robinson, que consideran

que el evangelio de Juan fue compuesto antes de los Sinópticos. No obstante, hay datos, tanto de la tradición como del mismo texto evangélico, que hacen más plausible la datación de los 80-90 (cfr. p. 631 s.). Sobre la identificación del Discípulo amado, al que considera autor del IV Evangelio (cfr. p. 633), refiere las diferentes teorías que hay sobre la cuestión, sin definirse sobre el tema de forma precisa. Sí opina que esa figura evangélica corresponde a un personaje concreto y real de la cristiandad joannea (cfr. p. 241).

Señala desde el principio que el IV Evangelio es uno de los libros más profundos y fascinantes de los escritos neotestamentarios que, a pesar de su lenguaje sencillo y transparente, entraña serias dificultades a la hora de interpretarlo (cfr. p. 7). Hay que tener en cuenta, además, que muchas perícopas evangélicas tienen, a veces, una doble significación, según la doble perspectiva al escribir en relación con la vida de Cristo o en relación con la vida de la Iglesia (cfr. p. 10). Por supuesto que con esto no se quiere dar pie a la ya manida cuestión del Jesús de la Historia y el Cristo de la fe. Sencillamente se trata de distinguir entre el *sensus dictionis* y el *sensus scriptiois*. Es decir, que tanto las palabras como los hechos narrados tienen un sentido en el momento en que se escuchan o presencian y otro sentido, no contrario ni deformado sino más profundo, cuando esas palabras o hechos se refieren por escrito. En definitiva, S. Juan presenta un testimonio de fe sobre la historia de Jesucristo. Esto implica la preeminencia de la visión teológica de cuanto narra que, sin embargo, no prescinde de la historicidad de los hechos narrados (cfr. p. 519). Máxime si tenemos en cuenta que para Juan la realidad misma de las cosas es el punto de partida para llegar a la revelación divina. Es como una consecuencia de la Encarnación del Verbo, cuya grandeza y divinidad nos viene revelada a través de su humanidad y pequeñez. Ese mismo principio, señala también el a., hace que el simbolismo sea una de las características principales del IV Evangelio, así como su continua referencia a la liturgia y el culto (cfr. p. 302, 145, 290, 296 ss., etc.).

Deja constancia de que no se puede admitir la teoría que pretende ver en los escritos joanneos una obra de tipo gnóstico. En realidad no hay huellas en el IV Evangelio de un dualismo ontológico al estilo gnóstico (cfr. p. 362). Al contrario, la doctrina joannea ha servido en la antigüedad para refutar errores de esa corriente de pensamiento (cfr. p. 431).

En la parte teológica subraya el tema de la Revelación a través de Cristo, así como la importancia de la respuesta del hombre y sus consecuencias en orden a la salvación (cfr. p. 35, 45, 141, etc.). Al hablar de

Cristo como Cordero de Dios lo hace sin la extensión y profundidad que el tema requiere. También al tratar de Ioh 1, 27 echamos de menos la interpretación que, referida a la ley del levirato, enriquece el contenido teológico del texto aludiendo a Cristo como el Esposo (cfr. p. 119, 124). Tampoco refiere la posible lectura de Ioh 1, 13 que, según algunos autores modernos, apoya la concepción virginal de Jesús. Quizás se le podría objetar que trata de muchos temas, pero en ocasiones de manera parcial, o abreviada. Se comprende que así sea, pues de otro modo la obra tendría que ser más voluminosa de lo que ya es.

En contra de lo que se ha dicho en alguna ocasión, destaca la importancia que S. Juan da a la eclesiología. Hace un resumen de las diferentes opiniones al respecto, para concluir que es un tema muy presente en la teología joannea, que muestra la Iglesia como familia de la Trinidad, en cuanto tiene a Dios como Padre, al Hijo como Esposo, y al Espíritu Santo como alma o principio vivificador (cfr. p. 269). Hace un estudio muy amplio de las diferentes imágenes y símbolos que el IV Evangelio aporta en relación con la Iglesia. Subraya el aspecto misionero de la Iglesia, en la que los apóstoles son enviados al mundo lo mismo que por el Padre ha sido enviado el Hijo. Estudia también el primado petrino y su aplicación eclesiológica, estimando clara la preeminencia de Pedro sobre los demás discípulos. La pretendida rivalidad entre Juan y Pedro, que algunos han querido ver en los relatos joánicos, carece de fundamento serio y no tiene hoy aceptación alguna (cfr. p. 245).

Al hablar de la escatología considera que Juan tiene una concepción original de la misma, en cuanto que subraya con más fuerza que los Sinópticos la dimensión escatológica de la vida presente. Ello no quiere decir que ignore el aspecto futuro de esa realidad salvífica, conociendo por supuesto que aún no ha llegado al final de todo, y que habrá un juicio final y se dará la resurrección de los muertos en el último día (cfr. p. 87). Es de precisar que esas dos concepciones de la escatología, como presente y como futura, no son antitéticas. En definitiva la suerte final se inicia cuando el hombre toma partido, en lo íntimo de su conciencia, a favor o en contra de Cristo (cfr. p. 407). En realidad lo que ocurre es que su concepción cristológica, según la cual Cristo ocupa, ya ahora, el centro del tiempo y de la historia, le lleva a considerar que la realidad escatológica de su triunfo definitivo ha comenzado ya (cfr. p. 411). También refiere que la resurrección alcanzará, además, al cuerpo del hombre, objeto de la acción salvífica de Cristo (cfr. p. 91).

En conjunto es una obra muy útil para el estudio del IV Evangelio,

sobre todo como una síntesis. Aunque también es verdad que a veces el estudio es amplio, e incluso un tanto prolijo.

Antonio GARCÍA-MORENO

AA. VV., *La storia della cristologia primitiva. Gli inizi biblici e la forma di Nicea*, Ed. Paideia («Studi biblici», 75), Brescia 1986, 142 pp., 13,5 x 20,5

Es éste un libro pequeño, pero de especial interés para todo intento de construcción de una Cristología que se haga eco —como así conviene que sea— de las diversas instancias desde las que, hoy día, se le interroga. Los planteamientos del presente libro afectan a los estudios exegéticos y a los dogmáticos. Incluye cuatro trabajos, de desigual extensión y método, que van desde el análisis de textos hasta las generalizaciones especulativas. Una introducción breve (pp. 9-14) de Bernhard Welte explica el origen de la publicación: un congreso de teólogos católicos de Dogmática, Fundamental y Exégesis, celebrado en Untermarchtal en 1969, cuyos trabajos, reelaborados, aparecieron por primera vez en lengua alemana en 1970 (Freiburg, Ed. Herder). La edición que reseñamos es la italiana de 1986 (Brescia, ed. Paideia). Esta contribuirá a la mayor difusión del relevante y programático contenido del libro.

La introducción de B. Welte plantea la cuestión general, que podríamos resumir así: la tradición teológica que cristaliza y adquiere su expresión en Nicea, pretendió dar una explicación de la Cristología neotestamentaria en clave hermenéutica eminentemente metafísica, con el intento de alcanzar una precisión terminológica a través de los conceptos filosóficos imperantes en la época. De ese modo se podía elaborar un resumen de las verdades de la fe (símbolo), que de modo sintético contuviera la amplia exposición *factual* de la Cristología que implica la larga historia evangélica y sus complementos neotestamentarios, así como la *praeparatio* de los libros de la antigua Alianza. Hoy día, sin embargo, la Teología crítica está en trance de revisión de todo el imponente legado teológico desarrollado a partir principalmente de Nicea, volviendo a comenzar a partir de la exposición histórica en que se expresa la Cristología de los Evangelios en particular y bíblica en general.

El primero de los trabajos y el más largo de todos (pp. 15-70) es debido a Heinrich Schlier y lleva por título *Los comienzos del credo cristológico*. Es de carácter exegético, muy comprimido e incrustado de citacio-